

*Laudatio del Prof. Dader García
con motivo de la investidura como doctora “honoris causa”
de la Exçma. Sra. Svetlana Aleksiévich*

20 de octubre de 2022

Excelentísimo Rector Magnífico de la Universidad Complutense,
Autoridades académicas y asistentes,
Admirada Svetlana Aleksiévich:

Tras manifestar mi gratitud por el inmerecidísimo privilegio de apadrinar a Svetlana Aleksiévich, premio Nobel de Literatura, quiero destacar que se trata de una de los relatores más fidedignos, elocuentes y valientes de casi ochenta años de transcurros vitales, bajo el imperio soviético. Ella ha sido y es la arqueóloga de los testimonios de sacrificio y clarividencia de infinidad de seres humanos, que al escucharlos reunidos nos ayudan a tomar conciencia de uno de los mayores desastres causados por la ingeniería social contemporánea. Pero al mismo tiempo, de cuanto de sublime y generoso, como de infame y estúpido, es capaz de segregar la especie humana, esa familia de primates a la vez misericordiosos y crueles.

Ella reivindica en primer lugar su faceta de historiadora, pero como matiza, “historiadora de las cosas que no dejan rastro”. Se declara exploradora de “los hombres o mujeres pequeños”, en el momento en que hablan de sí mismos, siguiendo la actitud que confiesa haber aprendido de Alés Adamóvich, quien a mediados del siglo XX formaba un *collage* de voces a partir de diversas entrevistas para ofrecer lo que se llamó novela colectiva o coro épico.

Aleksiévich se ha dedicado a rescatar los murmullos íntimos de quienes se sentían condenados a callar sus traumáticas experiencias para que el resto de sus conciudadanos pudieran recuperar la ensoñación amable de las normalidades cotidianas. Son las voces de las guerrilleras contra las tropas alemanas, de los despojados y desnaturalizados *homines sovieticus*, de los muchachos amortajados en zinc en el ignoto Afgan, son las voces de Chernóbil.

Historia, literatura de no-ficción o periodismo le llaman unos u otros a ese ejercicio de escritura notarial al que muchos se asoman, pero muy pocos alcanzan a colmar de manera genuina. Además de la curiosidad de partida y la “mirada afilada” -que reclamaba mi recordado colega complutense Pedro Sorela-, nuestra *honoris causa* ha sido capaz de acompañar con delicado respeto a quien violenta su propia intimidad hasta que surge un testimonio original y genuino que se diferencia de los cientos o miles de explicaciones típicas o reiteradas. “A veces, un día entero de conversación produce una sola frase”, confirma Aleksiéovich.

Surgen así los testimonios más inauditos y hasta escalofriantes. Pero también nos advierte: “Es tan fácil deslizarse a la [...] banalidad del horror [...] Podía haber escrito una obra más como las que luego aparecieron una tras otra: qué sucedió en [...] quién tiene la culpa, cómo se ocultó [...] al mundo...”. Ella en cambio, tiene el propósito de contar lo que cataloga de “la vida cotidiana del alma”: Qué pasó dentro de aquellas jóvenes que iban a combatir contra los nazis sin otras armas que el idealismo romántico de defender su patria; de tantos ciudadanos que sirvieron sin límite al comunismo al que creían prelude de un humanitarismo arcádico; de los cientos de miles de militares, sanitarios, ingenieros y funcionarios que cumplieron ciegamente los sacrificios exigidos por su sentido del deber inquebrantable.

Aleksiévich teje ese tapiz descomunal y multifacético desde la posición exigente del sagaz testigo interpuesto, del ἱστωρ (hístor) o “el que ha visto” o sabe de primera mano, fiel al origen etimológico del término HISTORIA. Y como Heródoto, que llamó ἱστορίαι a los testimonios y observaciones recopilados en sus viajes, o como nuestro contemporáneo Ryszard Kapuscinsky, que llevaba literalmente bajo el brazo el libro de Heródoto cuando, para sus reportajes periodísticos, recorría territorios olvidados, ella recupera aquel enfoque inaugural del relato histórico resolviendo de paso la duda en realidad superflua, de si el trabajo de nuestra *honoris causa* pertenece a las artes de la historia, del periodismo e incluso de la literatura.

Y a diferencia de muchos periodistas contemporáneos, demasiado seguros del titular categórico con el que vender sus artículos, aclara: “*Que sea el tiempo quien juzgue. El tiempo suele traer juicios ecuanímenes. Pero tiene que transcurrir el tiempo suficiente. Será un tiempo en el que nosotros ya no estaremos*”.

Cumple así la máxima reclamada por algunos de los más prestigiosos teóricos de nuestra profesión, como Kovach y Rosenstiel, de que el periodismo ha de ser por encima de todo una “información desinteresada”; entregada al público por su relevancia intrínseca, pero no porque beneficie o perjudique calculadamente al segmento de audiencia preconcebido por el departamento de marketing o propaganda.

Su esfuerzo por fijar hechos verificados y contarlos con altura literaria, goza de larga tradición periodística. El periodismo occidental acuñó al inicio de los sesenta del siglo XX en Estados Unidos un movimiento en esa dirección al que llamó “New Journalism”.

Estos reporteros con vocación de escritores (o escritores camuflados en las redacciones periodísticas), mostraban y muestran que la realidad puede ser más sorprendente que las ficciones y convertirse en soberbia trama literaria. Diríase a primera vista que Aleksiéovich es, en efecto, una eficaz continuadora del “New Journalism”. Sin embargo nuestra *honoris causa* llega mejor al núcleo de la realidad, con una actitud mucho más modesta, que evita de paso los peores riesgos e incluso miserias que en ocasiones lastraron y lastran al “New Journalism”.

Porque el afán de literatura que alienta esa corriente le hace a menudo acercarse a la realidad simplemente como excusa para desplegar el ego artístico del narrador. Lejos de tales desviaciones, Aleksiéovich, llega en algunos de sus libros a la desnudez más absoluta, cortada a pico: fulano de tal aporta este testimonio, una madre que no quiso dejar su nombre me contó esto en la cocina de su casa; el soldado X, al principio reacio a hablar, acabó recordando lo siguiente. Y así, sin interludios ni interpretaciones externas de ningún tipo, la autora, comprometida partera, no se concede a sí misma ni un instante de protagonismo.

Y sin embargo, la belleza literaria surge en sus escritos por la autenticidad y fuerza expresiva que desprenden, no por efectismos narrativos. Ella aspira llanamente a recuperar las voces maltratadas por los constructores del oficialismo o de la abstracción académica.

Así, en “La guerra no tiene rostro de mujer”, una combatiente de la II Guerra Mundial revela: “cuando acababa el ataque, era mejor no mirarse a las caras, las caras son distintas, no son las que suelen tener las personas. No nos podíamos ni mirar entre nosotros”.

En “Los muchachos de zinc”, sobre la intervención soviética en Afganistán un soldado declara: “Hachís. Marihuana [...] ¡Te mueves volando! [...] Distingues más olores, más sonidos. En ese estado matar se hace más leve, estás anestesiado. No hay compasión. Y tampoco te asusta tu muerte, el miedo se ha ido”.

En “Voces de Chernóbil”, el director del Instituto de Energía Nuclear de Bielorrusia declaraba: “Nadie nos escuchaba, ni a los científicos ni a los médicos. La ciencia estaba al servicio de la política”. Las autoridades se limitaban a confiar en las palabras de tranquilidad recibidas desde Moscú, y añade: “No eran una pandilla de criminales. Más bien nos encontramos ante una combinación letal de ignorancia y corporativismo. La piedra angular era: no te destaques. Di sí a todo”.

Omitiendo otros trabajos de nuestra *honoris causa*, “El fin del Homo Sovieticus” es en mi opinión el libro más complejo y de mayor trascendencia sociopolítica de toda su obra. En él, cientos de memorias heterogéneas y hasta antagónicas reconstruyen el adoctrinamiento ideológico y la ingeniería social que el comunismo soviético impuso sobre comunidades y personas durante décadas. Y de cómo su desmoronamiento supuso después la orfandad y el desconcierto incluso para quienes habían sido sus tristes víctimas. Así reflexiona uno de sus entrevistados: “Puede que aquello fuera una cárcel. Pero yo me sentía más a gusto en aquella cárcel de lo que me siento ahora. Nos habíamos habituado a vivir así”.

El ansia de libertad, sin embargo, fue creciendo con los susurros en las cocinas. Y cuando la perestroika se desencadenó se demostró que la democracia y el periodismo siempre van de la mano: “Los periódicos se convirtieron en nuestra escuela”. “Cada mañana una se encontraba en los vagones de metro montones de personas leyendo sin apartar los ojos del papel [...] Personas que no se conocían de nada se intercambiaban los periódicos al acabar de leerlos. Mi marido y yo estábamos suscritos a una veintena de cabeceras: Nos dejábamos un salario entero en periódicos y revistas.”

Pero el salto del comunismo a un capitalismo salvaje generó otro cataclismo. Y la nostalgia del comunismo se abrió camino, no sólo entre quienes se habían beneficiado de él, sino también entre quienes de manera honesta habían practicado la solidaridad sin diferencias sociales y no podían entender que las opciones vitales se reducían ahora a la miseria más extrema, la bestialidad tribal o amasar fortunas a toda prisa y por cualquier medio.

Cierto tiempo ha pasado desde la publicación de esas **ιστορίες** que podrían parecernos trasnochadas. Pero la reciente invasión de Ucrania y el reverdecimiento del imperialismo totalitario ruso, junto con el riesgo palpable de destrucción nuclear masiva, ponen de manifiesto enormes paralelismos entre el absurdo doloroso que Aleksíevich ha ido testimoniando y el que empieza a reproducirse ante nuestros ojos estupefactos.

Por ello, leer ahora sus libros nos ayuda a comprender cómo el miedo y el egoísmo del primate biológico permanecen agazapados bajo la civilización aparente del humano postmoderno, capaces de retrotraer nuestro progreso a las miserias físicas y morales que ya creíamos irrepetibles. Sólo la conmoción moral que transmite el relato de los que han visto y sufrido, desprovisto de adornos propagandísticos, es lo que puede evitar que perseveremos en la deshumanización.

Por todo lo anterior, por todo lo que Svetlana Aleksíevich nos ha mostrado y ha salvado de la desaparición, por la reinención del periodismo que nos propone y por el estímulo que puede suponer para nuestros estudiantes y profesores, solicito a nuestro rector magnífico que proceda a la investidura de Svetlana Aleksíevich como doctora *honoris causa* por la Universidad Complutense.

Muchas gracias.

José Luis Dader
Catedrático de Periodismo
Universidad Complutense